



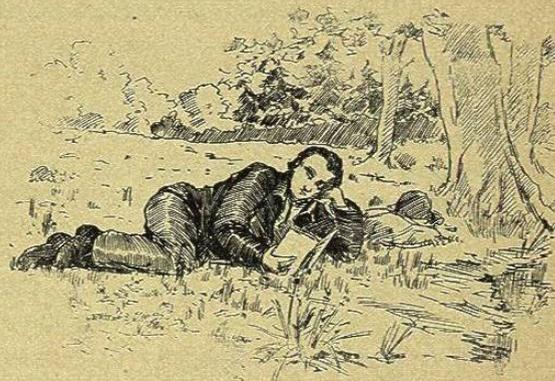
XXXII

En plena juventud

A pesar del cúmulo de extravagantes conceptos que ese verano chocaron y entrechocaron en mi cabeza, la verdad es que yo era joven, inocente, libre, y por tanto, casi dichoso.

Muchos días me levantaba de mañana—dormía al aire libre en la terraza, y los rayos oblicuos y claros del sol naciente me despertaban—me vestía deprisa, tomaba mi tohalla y llevando bajo el brazo una novela francesa, me iba un poco lejos de la casa y en el riachuelo me bañaba, á la sombra de los álamos. Luego, me tendía sobre la yerba y me ponía á leer, sin levantar los ojos de las páginas del libro sino de vez en cuando para contemplar la superficie del pequeño río, que la sombra de los árboles teñía de un color violáceo y cuyas aguas la brisa de la mañana empezaba á rizar; otras veces me quedaba contemplando el campo de centeno que se extendía más allá de la orilla opuesta, mientras la luz roja de sol de la mañana pintaba los troncos de los álamos que uno tras otro iban á perderse en lontananza... Y yo gozaba en aquellos momentos de la fuerza de vida, fresca y joven, que entorno mío exhalaba la naturaleza. Cuando el cielo aparecía cargado aun con las nubes grises de la noche y después del baño sentía escalofríos, para entrar en calor empezaba á correr bosques á través y, hallando en ello un gran placer, hacía de modo que el rocío fresco humedeciese mis piernas.

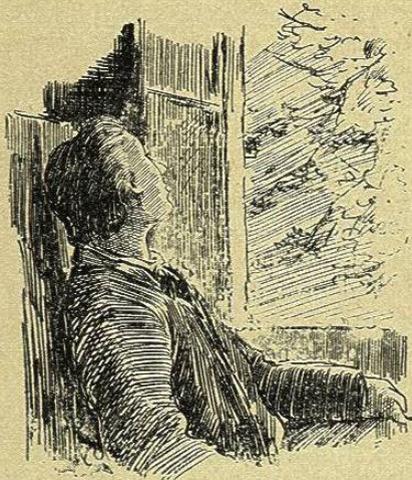
En aquellos momentos es cuando pensaba con más ardor en los héroes de la novela que acababa de leer, y ora me veía convertido en un gran capitán, ora en un ministro célebre, ora en un atleta extraordinario, ora en un hombre apasionado... y muchas veces me sucedió que temblando me puse á mirar entorno, con el temor de ver aparecer de pronto á alguno de mis héroes favoritos. Cuando, en mis paseos matinales, me hallaba con algún campesino ó campesina que se dirigía á su trabajo, aunque el *pueblo simple* para mí no existía, lo cierto es que experimentaba á su presencia una confusión extraña y hacía todo lo posible para no ser visto. Cuando el sol pi-



caba ya un poco, aguardando la hora del té, me iba á veces al huerto ó al jardín y me comía las frutas que hallaba maduras y hasta las legumbres que eran de mi gusto, en lo cual hallaba uno de mis principales placeres... Y allá en medio de las ortigas que me picaban la piel y entre los mil olores que se desprenden de los frutos ya maduros ó bien de los que ya podridos yacen por los suelos, entre las hojas secas del año pasado, y viendo en lo alto lucir los rayos claros y calientes del sol de la mañana, madurando con su calor verdaderos racimos de pequeñas manzanas relucientes y finas, me pasaba escondido horas y horas bajo la sombra de los frambuesos y demás arbustos que crecían en aquel sitio solitario, bien seguro de que nadie me descubriría, y oyendo á veces muy cerca los pasos del jardinero, ó bien al idiota Akime, que anda siempre murmurando no sé qué, sintiéndome los pies y las piernas humedecidos por el fresco rocío y entreteniendo con algún inmenso absurdo mi inteligencia, como la repetición incesante del abecedario, por ejemplo... Mientras tanto los rayos ya casi verticales del sol, que se han abierto un camino á través del ramaje de los manzanos, empiezan á calentar mi cabeza... Siento ya to-

talmente calmado mi apetito, y sin embargo, continúo tendido sobre la yerba, mirando, escuchando ó pensando y aún arrancando de vez en cuando alguna fruta que descubro al alcance de la mano y me trago con verdadera glotonería.

Ordinariamente, á eso de las once, me presento en el salón, casi siempre cuando ya se ha tomado el té y las señoras se hallan enfrascadas en sus labores respectivas. La cortina de tela cruda de la ventana que recibe de lleno los rayos del sol está completamente tirada, pero á través de sus pequeños agujeritos pasan todavía algunos rayos que pintan en todas partes circulitos de fuego tan brillantes que deslumbran á quien los mira con fijeza. Cerca de esta ventana está colocado un tambor de bordar y algunas moscas se pasean suave y desvergonzadamente por encima de la blanca tela; Mimi está sentada frente al tambor y á cada momento cambia de sitio, más adelante ó más atrás, huyendo de los rayos de sol que atravesando la cortina la molestan... Por las otras ventanas entran verdaderos torrentes de claridad, y al pie de una de ellas, en plena luz y poniendo una gran mancha sobre



la blancura del pavimento, está como de costumbre tendida Milka, con las orejas tiesas y fijando sus dormilones ojos en las moscas que se pasean por el suelo. Katenka, sentada en el diván, hace también alguna labor ó lee, y con movimientos bruscos trata de ahuyentar con sus pequeñas y blancas manos las moscas que la inquietan pareciendo transparentes en medio de tanta luz, ó bien, frunciendo graciosamente las cejas, agita con visible cólera la cabeza para espantar una malhadada mosca que se quedó prisionera entre sus dorados cabellos y que no acierta á escapar. Lubotchka va y viene por la estancia, con las manos cruzadas por detrás, aguardando la hora de bajar al jardín, ó bien toca al piano algún trozo cuyas notas, una por una, conozco yo desde hace mucho tiempo. Me siento en cualquier rincón, y escucho la música de mi hermana ó la lectura de Katenka, mientras espero el momento

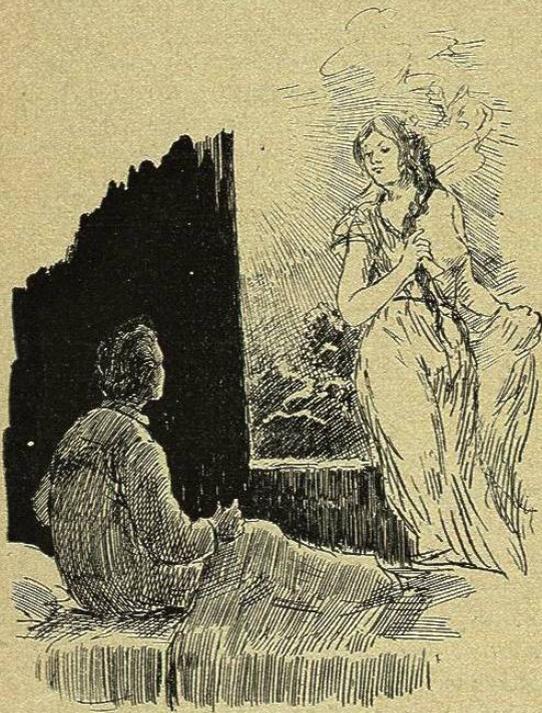
de poder sentarme yo también al piano. Algunas veces, después de comer, me dignaba salir á caballo acompañando el coche en que iban las muchachas, considerando el paseo á pie como muy por debajo de mi edad y de mi posición, y el recuerdo de esos paseos, en los cuales las llevé á sitios donde no habían estado ellas nunca, me es muy agradable. Varias veces nos sucedieron trances ó aventuras en que yo me demostré arrojado, por lo cual las niñas alababan mi valentía y mi presencia de ánimo, considerándome como su protector, cosa que halagaba mi vanidad. Cuando no hay gente forastera en casa, por la noche, después del té que tomábamos en la sombreada galería y después de dar con papá un paseo por la hacienda, me siento en el mismo sillón de cuando niño, y escuchando la música de Katenka ó de Lubotchka, leo y al mismo tiempo sueño, como en la infancia... Solo alguna vez en el salón, mientras Lubotchka toca en el piano algún fragmento de música vieja, me sucede que involuntariamente dejo caer al suelo el libro, y sentándome junto á una ventana me paso largo espacio de tiempo contemplando las ramas inclinadas de los altísimos álamos, sobre los cuales van cayendo lentamente las sombras de la noche... Y me sucede que, escuchando la música del piano, y el rechinar de las puertas que se abren, y las voces de las mujeres que hablan fuera ó dentro de la casa, y el rumor de los rebaños entrando en el redil, espontáneamente se me presentan en la imaginación mi madre, Natalia Sáwichna y Karl Ivanovitch, y durante un largo rato me pongo hondamente triste. Pero mi corazón se hallaba entonces tan lleno de vida y de grandes esperanzas que todos esos recuerdos no hacían más que rozarme el alma y volaban más lejos.

Después de la cena ó después de un paseo nocturno por el jardín, que hacía siempre en compañía de alguien, pues me daba miedo recorrer solo los oscuros caminos, me tendía para dormir sobre el desnudo suelo de la terraza, y á pesar de los millares de insectos que me picaban y me devoraban, me sentía muy á gusto allí. En las noches de luna llena, me pasaba largas horas sentado en la cama, contemplando la claridad y las sombras, escuchando el silencio y los mil pequeños ruidos de la noche, soñando en mil cosas diversas, especialmente en la dicha poética y voluptuosa del amor de las mujeres, que me parecía entonces la suma de todas las felicidades de la vida, lamentando no haber podido hasta entonces más que imaginármelo. Muchas veces, cuando todos se habían retirado, y las luces del salón se habían desparramado por las habitaciones altas de la casa, cuando después de un rumor apagado de conversaciones, se oía abrir y cerrar ventanas, me iba

á la terraza y paseando escuchaba ávidamente todos los ruidos de la casa, que poco á poco iba quedando en silencio y se dormía. Mientras me quedaba la más débil y más infundada esperanza de obtener realmente la realización de mi voluptuoso ensueño, permanecía anhelante y sin atreverme á lanzar la imaginación por las regiones de la pura fantasía...

Al más pequeño rumor de pies desnudos deslizándose por las tablas del piso, al escuchar una tos lejana ó suspiros confusos, al ruido que hace una ventana al abrirse, salto anhelante del lecho,

me pongo á escuchar y fijo mi mirada llena de fuego en la oscuridad, y aún sin causa ninguna verdadera me siento lleno de una profunda emoción. Poco á poco va desapareciendo de las ventanas toda claridad. El rumor de los pasos y de las conversaciones va apagándose, y el guarda nocturno empieza á golpear de vez en cuando sus planchas de cobre. El jardín se ha hecho más sombrío, pero más claro también á medida que han ido desapareciendo las li-



neas de luz que arrojaban sobre los caminos y sobre los árboles las ventanas abiertas. La última ventana que se cierra es la de la cocina y veo proyectarse sobre el jardín la sombra encorvada del viejo Foka, que con una bujía en la mano se va también á dormir. A veces hallaba agradables sensaciones emotivas saliendo al jardín á estas horas y paseándome por entorno de la casa, oyendo á través de una ventana el roncar del mozo de cuadra, y más allá

los hondos suspiros de Foka que, sin pensar que alguien le está escuchando, lee una vez y otra vez sus interminables plegarias. Por fin, apaga el viejo su candela, se cierra también su ventana, y me quedo enteramente solo, empezando entonces á mirar entorno con gran timidez, pareciéndome descubrir ora tras de un arbusto, ora tras de un florido rosal, la blanquísima forma de la mujer por mí esperada... Finalmente, y cansado de ir de un lado á otro, me meto en la cama, vuelto el rostro contra el jardín y abierta la ventana; me quedo absorto escuchando los silenciosos rumores de la noche, perdiéndome entre mis sueños de amor y de dicha infinita.

En aquellos dulces momentos todo tiene para mí un muy diverso sentido; la vista de los álamos cuyas ramas aparecen brillantes por el lado que la luz de la luna ilumina, cubriendo con su negra sombra los arbustos y el camino del opuesto lado; la claridad sosegada y que parece eterna del luminoso creciente; el reflejo de la luna sobre las gotas de agua que ostentan las plantas y las flores que crecen enfrente de la galería, dibujando también sus graciosas sombras en el suelo; el grito de la codorniz que se posa más allá del estanque; el canturreo de un hombre que anda por la carretera grande; el rumor ligerísimo, casi imperceptible de los árboles al rozarse mecidos por la suave brisa de la noche; la caída de una fruta, que se enreda primero en unas ramas y cae luego al suelo, sobre la seca hojarasca; el salto de las ranas que llegan á veces hasta las mismas gradas de la terraza y cuyo verdoso caparazón brilla misteriosamente á la luz de la luna, todo eso tomaba para mí una significación extraña, un sentido de belleza muy grande, muy grande, una belleza casi infinita... Y he aquí que súbitamente aparece *ella*. Tiene una trenza muy negra y muy larga, es esbelto su talle y tiene unos pechos durísimos, lleva los brazos desnudos y tiene caricias voluptuosas; parece estar triste y es hermosísima. Me ama y por un momento de su amor estoy dispuesto á sacrificar toda mi vida... Pero la luna va subiendo, subiendo, y cada vez se hace más clara, como el brillo del estanque aumenta asimismo y reluce más á cada momento que pasa, mientras las sombras se van haciendo más intensamente negras... Y mientras lo contemplo todo y tengo delante de los ojos su bellísima imagen, algo me dice que *ella*, con sus brazos desnudos y calientes caricias, está muy lejos de representar toda la dicha, que el amor por *ella* está muy lejos de ser todo el bien. Y cuanta mayor intensidad pongo en la contemplación del astro de la noche y del sublime espectáculo que tengo ante los ojos, más la verdadera belleza y el bien

me parecen más cerca de *El*, fuente de toda hermosura y de toda bondad, y ardientes lágrimas de una alegría profunda y no satisfecha inundan de pronto mis ojos.

Y siempre estaba solo, y siempre me parecía que la naturaleza llena de misterio y de majestad; que la hermosa brillantez de la luna que caminaba lentamente por el espacio, pareciendo detenerse alguna vez en lugar muy elevado é indefinido del azulado y clarísimo cielo, al mismo tiempo que parecía estar en todas partes, llenando todo el espacio infinito y aún mi propio sér, humilde gusanillo ya manchado por todas las pasiones, miserable, pequeño, humano, pero con toda la fuerza inmensa y soberana del amor... me llegaba á parecer, digo, en tales momentos que la naturaleza, la blanca luz de la luna y yo mismo no formábamos más que un solo sér.

XXXIII

Nuestros vecinos

ME extrañó y me chocó mucho que ya el primer día de nuestra llegada á casa, papá llamase á los Epifanov «buena gente», y más todavía que los tratase y fuese á su casa, pues entre nuestra familia y la de los Epifanov había pendiente un litigio á propósito de unas tierras cuya propiedad ambas se disputaban. Todavía niño, había oído no pocas veces á papá enfadarse con ellos y pedir á diversas personas consejo contra ellos; Iakov les llamaba siempre nuestros enemigos, *gentes negras*, y recuerdo que mamá ordenó una vez que en presencia suya no se pronunciase siquiera el nombre de esas gentes...

Por todos esos hechos, en mi infancia llegué yo á figurarme del modo más claro y vivo que los Epifanov eran adversarios nuestros, capaces de extrangular no tan sólo á papá sino también á sus hijos, si acaso un día caían bajo sus manos, y creí además que eran *gentes negras* al pie de la letra, de tal modo que al ver en casa, cuando la muerte de mamá, á la *belle flamande*, que la había cuidado en su enfermedad, me costó mucho convencerme de que formase parte de aquella familia. A pesar de este incidente, continuaba teniendo de esa gente la peor idea, y á pesar también de que durante ese verano nos vimos varias veces, no logré vencer mi hostilidad contra esa familia. En realidad, he aquí quiénes eran y cómo eran los Epifanov. Su familia se componía en aquel enton-

ces de: la madre, viuda, de cincuenta años de edad, todavía fresca y siempre alegre; una hija muy hermosa, Audotia Vasilievna, y un hijo, Piotre Vasilievitch, tartamudo, soltero, teniente retirado y de un carácter aparentemente muy serio.

Ana Dmitrievna Epifanova, separada de su marido veinte años antes de que éste muriera, no vivía casi nunca en San Petersburgo, donde tenía algunos parientes, sino que la mayor parte del año la pasaba en su finca de Mititschi, lindante con la nuestra. La gente de aquellos parajes contaba de su vida tales horrores, que, comparada con ella, Mesalina resultaba una niña inocente; por esto únicamente pidió mamá que el nombre de la señora Epifanov no fuese jamás pronunciado delante de ella. Hablando con seriedad, no creo que se pudiese creer ni la décima parte de las cosas estupendas que los campesinos contaban de ella; lo cierto es que en la época en que yo conocí á Ana Dmitrievna, aunque tenía entonces en casa á un secretario, siervo de origen, que siempre rizado y lleno de pomadas se mantenía en pie detrás de la silla de su señora mientras ésta comía, en nada más demostraba justificar los dichos de la gente campesina. En realidad, parecía



que desde diez años atrás, precisamente desde que hizo venir á su casa á su hijo, el respetable Petrucha, había cambiado totalmente de vida. La hacienda de Ana Dmitrievna era pequeña, contenía todo lo más un centenar de almas, y como durante su vida orgiástica los gastos fueron muchos y fuertes, resultó que la finca quedó muy mal parada y con riesgo de ser vendida en pública subasta. En tan extremas circunstancias y creyendo que toda su desgracia más que de su género de vida, dependía de que ella era una mujer, llamó á su hijo, entonces en el regimiento y aunque se hallaba éste en buen camino para hacer fortuna, dió enseguida la dimisión de su cargo, y para ir á salvar á su madre, como todo buen hijo debía hacerlo, lo abandonó todo y se vino al campo, con el objeto de hacer dichosa y tranquila la ancianidad de su madre.

A pesar de su rostro feo y casi repugnante, á pesar de su fastidiosa tartamudez, Piotre Vasilievitch era un hombre de principios firmísimos y de un espíritu extraordinariamente práctico. Con ayuda de pequeños préstamos, prometiendo á éste y pagando al otro parte de lo debido, logró por de pronto conservar la hacienda. Enseguida, y convertido ya en propietario rural, Petrucha endosó el vestido de su padre, que halló entre los trastos viejos, suprimió los caballos y los coches, poco á poco fué esquivando á la gente alegre que tan bien sabía el camino de Mititschi, aumentó los campos de explotación, disminuyendo las tierras de los siervos, hizo cortar y vender buena parte de los bosques y fué restableciendo así la situación de la casa. Petrucha se juró á sí mismo, y mantuvo la palabra, que no llevaría otro vestido que el de su padre y que no viajaría sino en carro mientras no quedasen totalmente pagadas las deudas. Se esforzó en imponer esta vida estoica á toda la familia, sin faltar por eso al respeto que debía á su madre, lo cual miraba como un ineludible deber. En el salón, tartamudeando, se esforzaba en cumplir y adivinar los más insignificantes deseos de su madre y reñía á los servidores si no obedecían inmediatamente á la señora Ana Dmitrievna; pero en su gabinete de trabajo castigaba con severidad al que se había atrevido á servir en la mesa, sin orden suya, algún manjar demasiado caro, ó á quien por orden de su madre había ido á saber noticias de la salud de algún vecino, en lugar de estarse trabajando en los campos ó en el huerto.

A cabo de los cuatro años todas las deudas estaban ya pagadas; Piotre Vasilievitch hizo entonces un viaje á Moscova, de donde volvió al cabo de unos días con traje nuevo y guiando un hermoso carruaje. Pero, á pesar de que los negocios de la casa iban bien, no interrumpió su vida sobria, de la cual se mostraba orgulloso delante de los suyos y delante de los extraños, diciendo con frecuencia, con su fastidiosa tartamudez:—«Aquel que de veras quiera verme, ya se contentará con que no le reciba vestido con mucha elegancia, y aún con satisfacción se sentará á mi mesa y comerá mi sopa de coles, como yo mismo me la como siempre contentísimo». En cada una de sus palabras y hasta en cada uno de sus gestos descubriase el orgullo que sentía por haberse sacrificado por su madre y por haber salvado la casa, al mismo tiempo que el inmenso desprecio que sentía hacia todos los que no habían hecho nada parecido.

La madre y la hija eran de carácter muy diferente y en muchos puntos totalmente opuestos. La madre era una agradabilísima mu-

jer, siempre alegre y habladora en sociedad. Todo lo que fuese bonito y alegre le satisfacía y alegraba á la vez. Hasta—y es este un rasgo de carácter que no se halla sino en las viejas y en la gente de buen natural—tenía en el mayor grado desarrollado el privilegio de sentir inmensa alegría viendo cómo se divierte la gente joven. Su hija Audotia Vasilievna era, por el contrario, de un carácter serio, ó por decirlo mejor, frío é indiferente, distraído y orgulloso sin razón ninguna, cualidad que se observa con frecuencia en las jóvenes muy hermosas y solteras aun. Cuando quería parecer alegre, lo era con extravagancia; ó se burlaba de sí misma ó de su interlocutor, ó de todo el mundo, aunque sin duda hacía lo inconscientemente, á pesar suyo. Yo mismo quedé con frecuencia sorprendido y me pregunté más de una vez qué es lo que quería decir al pronunciar esta frase: «Oh! sí, soy extraordinariamente hermosa, muy hermosa; de manera que todos los hombres están enamorados de mí...»—Ana Dmitrievna estaba siempre haciendo algo,



tenía la pasión de estar constantemente arreglando su casa ó su jardín, pues amaba mucho las flores, los pájaros y los *bibelots* ó pequeñas porcelanas artísticas. Sus habitaciones y su jardín no eran ni muy grandes ni muy ricos, pero estaba todo tan cuidadosamente arreglado, ofrecía en su conjunto un tan absoluto carácter de franca y generosa alegría, algo así como la alegría que expresa un airoso vals, que la frase *tacita de plata* que empleaban con frecuencia sus invitados en alabanza de su casa y de su persona le iba magníficamente, pues también ella era una *tacita de plata*: de poca estatura, delgada, el rostro fresco y sonrosado siempre, unas manos pequeñitas, siempre alegre y bien puesta;

siquiera de ella misma se ocupaba mucho, de modo que cuando llegaba alguna visita, había de correr á vestirse y arreglarse. Pero cuando se presentaba delante de la gente, hay que reconocer que estaba extraordinariamente hermosa, dejando á parte la expresión fría y monótona de sus ojos, expresión común á todas las fisonomías muy bellas. Su rostro severo, regular y hermoso de veras, su figura por demás graciosa, parecía estar siempre diciendo: «Muy bien! Podéis mirarme cuánto queráis». Pero, con todo y el carácter alegre de la madre y el frío é indiferente de la hija, algo había en ellas que os advertía de que la primera nunca había amado nada con verdad, fuera de la alegría, y que la segunda era una de esas naturalezas que, puestas á amar, sacrifican toda su existencia al que una vez han elegido.